

“CHINASA”

Chimamanda Ngozi Adichie

Creo que sucedió en enero. Creo que era enero porque la tierra estaba reseca y el viento seco de Harmattan había cubierto mi piel, la casa y los árboles de polvo amarillo. Pero no estoy segura. Sé que era 1968 pero podría haber sido diciembre o febrero; nunca estuve segura de las fechas durante la guerra. Estoy segura, sin embargo, que sucedió por la mañana -el sol era todavía agradable, el tipo de sol que dicen que forma vitamina D sobre la piel. Cuando escuche el ruido - ¡Boom! ¡Boom! - estaba sentada en la veranda de la casa que compartía con dos familias, releyendo una copia gastada de EL NIÑO AFRICANO de Camara Laye. El dueño de la casa era un hombre que conoció a mi padre antes de la guerra y, cuando llegué después de que cayera mi ciudad natal, cargando con mi maleta baqueteada, y sin otro lugar adonde ir, me dejó un cuarto gratis porque, según decía, mi padre se había portado muy bien con él. Las otras mujeres de la casa cotilleaban sobre mí, diciendo que yo visitaba la habitación del dueño por la noche y que esa era la razón de que no tuviera que pagar alquiler. Esa mañana, me encontraba con una de estas mujeres cotillas. Ella estaba sentada sobre los resquebrajados peldaños de piedra, amamantando a su bebé. Durante un rato, estuve observándola y me dio la impresión de que su pecho era como una naranja blanda a la que le hubieran exprimido todo el jugo, preguntándome si el bebé estaría sacando algo.

Cuando escuchamos el bombardeo, ella agarró inmediatamente al bebé y corrió hacia la casa en busca del resto de sus hijos. ¡Boom! Parecían rugidos de truenos, como los que se extienden por todo el cielo, anunciando una tormenta. Durante un momento, permanecí allí de pie, imaginando que eran realmente truenos. Imaginé que estaba de vuelta en la casa de mi padre antes de la guerra, en el patio, bajo el árbol de anacardo, esperando la lluvia. El patio de mi padre estaba lleno de árboles frutales a los que me gustaba trepar, aunque mi padre me gastara bromas y me dijera que no era propio de una joven y que, tal vez, algunos de los hombres que querían traerle vino cambiarían de opinión cuando se enteraran de que me comportaba como un chico. Pero mi padre nunca me detuvo. Decían que me malcriaba, que yo era su favorita e, incluso ahora, algunos de nuestros familiares opinan que si sigo soltera es por culpa de mi padre.

Lo cierto es que aquella mañana de Harmattan, el ruido se hacía cada vez más fuerte. Las mujeres salían corriendo con sus hijos. Quise correr tras ellas, pero mis piernas no me obedecían. No era la primera vez que escuchaba ese ruido, por supuesto, llevábamos ya dos años de guerra. Mis padres habían muerto en un campamento de refugiados en Uke, mi tía había muerto en Okija y mis abuelos y primos habían muerto en Abagana, cuando bombardearon el mercado Nkwo, un bombardeo que voló la azotea de la casa de mi padre y del que a duras penas logré sobrevivir. Así que, antes de aquella mañana, aquella mañana polvorienta de Harmattan, yo ya había escuchado aquella clase de ruido.

¡Boom! Sentí un temblor suave sobre la tierra que pisaba. Sin embargo, seguía sin poder correr. El ruido era tan fuerte que me retumbaba la cabeza y sentí como si alguien me estuviera soplando crema caliente en los oídos. En ese momento, vi como dos enormes agujeros explotaban en la tierra, a pocos metros. Vi el humo y los trozos de madera y cristal y metal que volaban. Vi cómo se levantaba el polvo. No recuerdo mucho más. Algo dentro de mí sentía tanto cansancio que, durante unos minutos, deseé que las bombas me trajeran descanso. No sé muy bien lo que hice – si me senté, si me escondí en la granja, o si me caí al suelo. Pero cuando el bombardeo se terminó por fin, caminé calle abajo hacia la multitud que se agolpaba alrededor de los heridos y me encontré dirigiéndome a un cuerpo tirado en el suelo. Era una chica, de unos quince años. Sus brazos eran una masa de carne sanguinolenta. No era momento para bromas pero, con sus brazos destrozados, tenía el aspecto de una oruga. ¿Por qué decidí llevar a aquella muchacha a mi habitación? No lo sé. Habíamos sufrido otros muchos bombardeos antes – estábamos en Umuahia y nos bombardeaban especialmente porque era la capital. Sin embargo, aunque había ayudado a atender a los heridos, nunca antes había llevado a nadie a mi habitación. Sin embargo, traje a esta muchacha. Se llamaba Chinasa.

Cuidé de Chinasa durante semanas. El dueño de la casa le hizo unas muletas con madera vieja y las mujeres cotillas le traían pequeños presentes de “ukpaka” o batata asada. Era delgada, pequeña para su edad, como lo eran la mayoría de los niños durante la guerra, pero tenía una manera directa de mirar a los ojos, para nada insolente, que le hacía parecer mayor de lo que era. Fingía no sentir dolor cuando le limpiaba las heridas con ginebra casera, pero veía las lágrimas asomar en sus ojos mientras yo también trataba de contener las mías, porque aquella muchacha, a punto de convertirse en una mujer, había madurado con demasiada rapidez, por culpa de la guerra. Me daba las gracias a menudo, demasiado a menudo. Me decía que no podía esperar a recuperarse del todo para ayudarme a cocinar y limpiar. Por las tardes, después de alimentarla con alguna papilla, me sentaba a su lado y le leía en voz alta. Sus brazos seguían inmóviles y vendados pero su rostro era muy expresivo y, a la luz parpadeante de la lámpara de queroseno, se reía, sonreía y hacía comentarios mientras escuchaba mis relatos. Yo había perdido muchas de mis pertenencias, mientras iba de ciudad en ciudad, pero siempre conservé algunos libros y leérselos me suponía un nuevo tipo de alegría, porque era como si volvieran a ser nuevos, a través de los ojos de Chinasa. Ella empezó a hacerme preguntas y a cuestionar lo que algunos personajes hacían en los relatos. Me hacía preguntas sobre la guerra. Me hacía preguntas sobre mí.

Le hablé de mis padres, que habían decidido que yo recibiera una educación y me habían enviado a un centro de formación de maestros. Le conté lo mucho que había disfrutado de mi trabajo como maestra en Enugu, antes de que la guerra comenzara y cómo me entristeció que cerraran la escuela para convertirla en un campo de refugiados. Mientras hablaba, me miraba intensamente. Algún tiempo después, mientras me enseñaba una tarde a jugar al “nchokolo”,

pidiéndome que moviera algunas piedras entre las casillas dibujadas en el suelo, me preguntó si podía enseñarle a leer. Me pilló por sorpresa. No se me había ocurrido que no supiera leer. Ahora que lo pienso, creo que no debería haberlo dado por hecho. Su historia personal era familiar: sus padres eran agricultores en Agulu que habían hecho lo posible para enviar a sus dos hermanos a la escuela de la misión, pero ella se había quedado en casa. Quizás había sido su agudeza, su viveza, la gran inteligencia con que observaba todo, lo que había hecho que me olvidara del mundo de donde procedía.

Empezamos las lecciones esa misma noche. Conocía el alfabeto porque había hojeado los libros de su hermano y no me sorprendió lo rápido que aprendía y el esfuerzo con que trabajaba. Para cuando escuchamos, algunos meses más tarde, el rumor de que nuestros generales estaban a punto de rendirse, Chinasa era capaz de leer en voz alta su libro preferido, EL NIÑO AFRICANO.

El día que la guerra terminó, Chinasa y yo nos reunimos con las mujeres cotillas y otros vecinos en la calle. Lloramos, cantamos, reímos y bailamos. En el caso de aquellas mujeres que lloraban, sus lágrimas eran de agotamiento, incertidumbre y alivio. A mí me pasaba lo mismo. Pero, a la vez, yo lloraba porque quería llevarme a Chinasa conmigo a mi casa, o a lo que quedara de mi casa en Enugu; quería que fuera la hija que nunca había tenido y que compartiera mi vida en esos momentos en que no quedaba nadie de mis seres queridos. Sin embargo, ella me abrazó y rechazó mi oferta. Quería marcharse y encontrarse con los familiares que pudieran haber sobrevivido. Le di mi dirección en Enugu y el nombre de la escuela donde esperaba volver a enseñar. Le di la mayor parte del poco dinero que me quedaba. “Iré a visitarte pronto,” me dijo. Me miraba con ojos llorosos y llenos de gratitud y le abracé anticipando una intensa tristeza. Se encontraría con sus familiares y la vida se interpondría en esta promesa llena de buenas intenciones. Supe que no volvería a verla.

Estamos en el año 2008 y ayer por la mañana, una mañana parecida a aquella mañana de hace cuarenta años, abrí el periódico Guardian en la sala de estar de mi casa en Enugu. Acababa de volver de mi paseo matinal -mis amigos dicen que este paseo diario es la razón de que no parezca una mujer de setenta años- y me sentía llena del optimismo que se siente después de un paseo enérgico con el corazón acelerado. Había seguido las recientes noticias nacionales sobre la designación del gobierno de nuevos ministros, aunque sólo vagamente, porque después de observar la trayectoria de este país, donde se sucedían los dirigentes ineptos, no sentía demasiado entusiasmo. Abrí el periódico para enterarme de quién había sido nombrado ministro de educación y leí que había sido una mujer, que acababa de dar su primera entrevista. Me sentí bastante contenta: necesitábamos que hubiera más mujeres en el gobierno y los nigerianos habían visto lo bien que se había desenvuelto la última ministra en el

ministerio de economía. En ese momento, la cara de la nueva ministra, en una fotografía en blanco y negro que llenaba media página, me resultó familiar. La observé detenidamente y, antes de leer su nombre, supe que se trataba de Chinasa. Tenía las mejillas más redondas, por supuesto, y su rostro había perdido la expresión inocente de la juventud, pero poco más había cambiado.

Leí la entrevista rápidamente, mientras mis manos temblaban ligeramente. Había estado en el extranjero durante un tiempo, gracias a la ayuda de una de las muchas agencias internacionales que ayudaron a los jóvenes afectados por la guerra. Le habían concedido numerosas becas. Estaba casada y tenía tres hijos. Era catedrática de literatura. Mis manos empezaron a temblar con fuerza cuando leí cómo había empezado a interesarse por los libros: “Durante la guerra, tuve un hada madrina”, decía únicamente.

Miré su cara durante mucho tiempo, imaginándome la vida que había llevado, jugando con la idea de ponerme en contacto con ella, siendo consciente de que no me había sentido en toda mi vida tan orgullosa, antes de cerrar el periódico y dejarlo en su sitio.

FIN